

LOS ESTUDIOS UNIVERSITARIOS EN LOS INICIOS DEL SIGLO XXI

Consideraciones informales de un antiguo universitario

Dr. Carlos Ignacio Massini Correas

Es bien sabido por todos los universitarios que la institución que les da su nombre surgió en un contexto cultural y social muy diverso del presente. En efecto, a comienzos del siglo XII Europa era una unidad profundamente cristiana, mayormente rural, que estaba saliendo del feudalismo y donde las humanidades - todavía no el humanismo - eran el tipo de conocimiento fuertemente preponderante. Es por ello que las universidades, surgidas en el contexto de una Iglesia dominante de la cultura, se centraban en los estudios de Teología, Filosofía y Derecho - en unos pocos casos de Medicina - y donde las profesiones no humanísticas, desde la Ingeniería a la Economía, pasando por la Arquitectura, estaban ausentes en absoluto. Se trataba, en estos últimos casos, de técnicas o artes, que se aprendían en la práctica o en los talleres y no eran objeto de un estudio académico.

También es conocido que esta estructura de los estudios permaneció casi inalterada hasta el siglo XIX, en que la perspectiva moderna de pensamiento, orientada a, o profundamente influida por, la tecnociencia, comenzó a penetrar en las universidades, que pasaron también a depender - directa o indirectamente - de los Estados nacionales, surgidos como tales en la misma modernidad. La universidad fue puesta entonces al servicio del Gobierno estatal y de las profesiones, entre las que comenzaron a predominar las vinculadas más fuertemente a la tecnociencia y la economía.

Por supuesto que este proceso de deshumanización y profesionalización de la universidad tuvo sus críticos y detractores, además de que en algunos contextos culturales fue rechazado o bien avanzó de modo lento y trabajoso. Entre los críticos merece recordarse especialmente John Henry Newman, quien, en su relevante libro *The Idea of a University*, defendió el concepto de una universidad destinada especialmente a formar hombres sabios y cabales, capaces

de gobernarse a sí mismos hacia la excelencia de una vida lograda y de gobernar a su patria hacia el bien común¹.

Por otra parte, entre los contextos culturales reacios a la adopción de; modelo moderno de universidad, el más importante ha sido, indudablemente, el anglosajón, que conservó la disciplina universitaria originaria, al menos hasta la década de los '70. De ese modo, la currícula de estudios universitarios se estructuraba - y en algunas instituciones aún se estructura - sobre la base del estudio de los grandes textos, aquellos capaces de formar la personalidad y la intelectualidad, ordenándola eficazmente hacia la excelencia humana. Sólo después de haber completado esta currícula humanística, los universitarios se introducían en los estudios profesionales, muchas veces en instituciones educativas no universitarias, como la École Polytechnique de París, para los ingenieros, o el Lincon's Inn de Londres, para los abogados. El elogio de este modelo educativo basado en la frecuentación de los grandes textos de la humanidad, ha sido realizado inteligentemente en nuestro tiempo por mentes especialmente esclarecidas, como las de Michael Oakeshott, Leo Strauss, Alan Bloom y Alasdair MacIntyre²

Pero sucede que, desde fines de la década de los '60, más puntualmente desde 1968, este modelo de universidad, que produjo las personalidades creadoras y conservadoras, primero, del imperio británico y luego del imperio americano, ha sufrido el embate tenaz y persistente tanto del relativismo en el campo de las humanidades, como del economicismo en el ámbito de las profesiones. De este modo, debilitadas hasta la muerte las humanidades por el relativismo e invadidas las profesiones por la intención excluyente del éxito económico, los estudios superiores se han transformado en una suma indigesta de antropología cultural; y tecnociencia, esta última desligada por completo de las humanidades, degradadas previamente por el ya mencionado relativismo³.

En definitiva, queda muy poco de esa institución universitaria ordenada a la formación de mentes y voluntades excelentes, a la creación de cultura en el sentido originario de la palabra, es decir, a la preparación de las mentes y los

¹ Vide: Ker, I., John Henry Newman. A Biography, OxfordOxford University Press, 1990, pp. 376- 396.

² Vide, inter alia: Oakeshott, M., La voz del aprendizaje liberal, Buenos Aires, Katz, 2009.

³ Vide: Bloom, A., The Closing of the American Mind, New York, Simon & Shuster, 1987.

corazones para que sean capaces de comprender los frutos de la sabiduría y amar las concreciones más elevadas del bien humano. En este sentido, escribió T.S. Eliot que "Las universidades (...) deberían ser independientes de los gobiernos de los países en los que están situadas. No deberían ser instituciones para formar una burocracia eficiente, ni para equipar a los hombres de ciencia de modo que sobrepasen a sus colegas extranjeros; deberían simbolizar la conservación de los conocimientos, la investigación de la verdad, y en la medida de la capacidad humana, la consecución de la sabiduría"⁴

Como se dijo más arriba, poco queda de esta concepción clásica de la empresa universitaria; pero tampoco queda mucho de metodologismo y cientificismo modernos. El ideal de la ciencia libre de valoraciones, que desvelaba a Max Weber, ha sido sustituido hoy por un escepticismo generalizado, destinado a desembocar en un nihilismo sin sentido. Se trata, en la mentalidad de los "universitarios" posmodernos, de destruir - "deconstruir" - lo que queda de la tradición clásica, pero también del cientificismo y del subjetivismo modernos. Y el resultado es una combinación corrosiva de nihilismo acerca de hombre y su sentido y de economicismo y pragmatismo acerca de la vida social, combinación que conduce a un hombre vacío de significados y destinado a la producción cada vez más tecnificada de bienes materiales para un consumo hedonista.

Ha escrito en este sentido el newmaniano José Morales, que "asistimos actualmente a una crisis generalizada y relativamente profunda de la educación humanística. Esta crisis obedece a un doble proceso ideológico y social que ha actuado, sin embargo, como una sola fuerza corrosiva de ideal educativo liberal. Se trata por un lado del proceso secularizador moderno (...), y de otro lado, de la hegemonía de la especialización y del entrenamiento profesional, ordenados a la consecución de un empleo. El pragmatismo de una sociedad tecnificada (...) se ha visto reforzado en las últimas décadas por la invasión de los valores del mercado, que han invadido de hecho, y a veces de modo estructural, el currículum y los horizontes educativos"⁵.

El resultado de todo este proceso ha sido que, en la actualidad, es posible distinguir tres modelos o arquetipos en las instituciones de educación superior

⁴ Eliot, T.S., Notas para la definición de la cultura, Buenos Aires, EMECÉ, 1982, pp. 198-199.

⁵ Morales, J., "La educación necesaria", en AA.VV., Humanidades para el siglo XXI, ed. R. Alvira & K. Spang, Pwnplona, ETNSA, 2006, pp. 70-71.

occidentales: el humanista tradicional, el pragmatista y el ideológico. El último de los mencionados, reviste especial importancia para nosotros los argentinos, en razón de que es el mayoritariamente vigente en las universidades del País, principalmente entre el claustro estudiantil. Es posible sostener, con el apoyo erudito del libro de Pablo Buchbinder⁶, que desde los últimos años del siglo XIX, una impronta ideológica atravesó la vida universitaria argentina: en un primer momento se trató de la lucha de los cultores del positivismo para lograr la estructuración de instituciones de enseñanza superior meramente estatales, de perfil cientificista y que abandonaran los cánones de la universidad tradicional. A este patrón ideológico, se le sumó, a partir de la Reforma universitaria de 1918, un ideologismo de carácter socialista e igualitarista, que tenía como objetivo principal la democratización de la universidad, y la creciente importancia del estamento estudiantil en la vida y la política de las casas de estudio. Aunque en los hechos, el reformismo condujo directamente al profesionalismo universitario, a través de una preponderancia de las dimensiones docentes orientadas a la formación profesional, en detrimento de los restantes aspectos de la vida universitaria.

Pero después de varias crisis y de numerosos flujos y reflujos en los paradigmas de la actividad de las universidades, se llegó en la década de los setenta a la que puede denominarse universidad revolucionaria, en la que la misión de la universidad llegó a pensarse como - la frase es de un estudiante de esos años - "la liberación de América Latina". Engarzada en la dialéctica "liberación o dependencia", la universidad postergó - y a veces abandonó - la búsqueda y transmisión del saber superior y dedicó todos sus esfuerzos a la formación de cuadros revolucionarios y a la elaboración de una cultura de la emancipación latinoamericana, tomada paradójicamente de las ideas de pensadores tan poco latinoamericanos como Marx, Nietzsche, Foucault, Derrida, Althusser, Marcuse o Richard Rorty.

Ahora bien, más allá del drama social y político en que desembocó este desafortunado experimento y restaurada, al menos en las formas, la vida republicana en la mayoría de las naciones iberoamericanas, incluida la Argentina, la universidad tuvo que sufrir otro experimento ideológico-político, que consistió en los intentos de aplicación en su ámbito de las directivas del Consenso de Washington, según las cuales las casas de estudios superiores debían ponerse

⁶ Buchbinder, P., Historia de las universidades argentinas, 2ª. Ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2010, PP. 58-55.

'al servicio del mercado y de una ideología de la liberación, ya no colectivista, sino ferozmente individualista y volcada hacia las dimensiones más radicalmente hedonistas del ser humano. Este último experimento es el más difundido en el mundo occidental contemporáneo, y ha conducido a la preterición casi absoluta de las dimensiones históricas, comunitarias, éticas y espirituales de la cultura, eliminándose completamente el elemento tradicional del conocimiento y desapareciendo toda la perspectiva clásica de los saberes.

Pero una vez más, nuestra Argentina ha decidido, en los últimos años, remar contra corriente, y optar por un bizarro y anacrónico ideologismo populista⁷ en su política universitaria. Efectivamente, en el proyecto de ley universitaria elaborado por las actuales autoridades del Ministerio de Educación, y que fue hecho público el año pasado, se consigna que, entre los objetivos de las universidades argentinas deberá estar la preservación de las "prácticas populares" de los "pueblos originarios", el rescate de las "memorias y saberes ancestrales" y la "incorporación plena de los saberes populares para potenciar la construcción social del conocimiento". A esto se le agregan otros objetivos, tales como "promover las políticas de género" y "garantizar las condiciones para el egreso de todos los estudiantes" y la "sindicalización de todos los trabajadores docentes". Por supuesto que todo esto se encuentra enmarcado en el más decidido estatismo universitario, en el que prácticamente desaparece la autonomía académica de las instituciones estatales y las universidades privadas se ven reducidas a expresiones minúsculas y marginales de la actividad educativa superior.

Pero lo relevante es que, sea que se elija la alternativa pragmático- economicista o se escoja la ideologista-populista, nos encontramos en presencia de la degradación radical de la actividad universitaria, y las instituciones que tienen por objeto el saber superior quedarán reducidas a meros instrumentos de ideologías que son - por definición - extrañas a su naturaleza y a sus ideales constitutivos. El saber desinteresado, el progreso de las ciencias, la formación rigurosa de la inteligencia y el refinamiento del espíritu, quedarán irremediabilmente al margen de la universidad y confinados a guetos marginales e irrelevantes.

Ahora bien, frente a este dilema complejo, dramático y acuciante, ¿qué actitud es posible asumir por los universitarios de raza, aquellos que se niegan a la instrumentalización de la universidad y al abandono de la tradición de eminencia

⁷ La exposición canónica del ideologismo populista es la de Ernesto Laclau, en *La razón populista*, trad. S. Laclau, Buenos Aires, FCE, 201

del saber y búsqueda de las virtudes intelectuales? ¿Es suficiente con propugnar el retorno a los modelos tradicionales de educación universitaria y el consiguiente abandono de las perspectivas contemporáneas de la educación superior?

Pareciera que la respuesta a esas preguntas debe ser matizada y realista, para que pueda resultar realmente operable y eficaz en la vida universitaria concreta. Ante todo, parece evidente que algunas alternativas deben ser rechazadas de plano y definitivamente. Especialmente, debe ser rechazada la alternativa ideologista, ya que una universidad al servicio de un ideal de liberación humana radical, basado en una pseudo-ciencia y desligado de los lazos inexorables de la condición humana, no puede sino conducir a la degradación del hombre y a la instauración de la violencia. Hannah Arendt lo explica diciendo que en la ideología, la mentira está ligada a la violencia, porque la única manera de hacer coincidir la mentira con la realidad es a través del cambio de la realidad por la destrucción violenta. Y resulta claro que ese no puede ser el camino de la rehabilitación de la vida universitaria.

Pero también debe ser rechazada la alternativa economicista-pragmatista, en la cual la universidad resulta instrumentalizada y mediatizada al servicio del mercado y de la subcultura de masas, transformada en un mero ámbito de marketing, publicidad y estudios de mercado. Tengo para mí que esta alternativa es menos destructivo que la ideologista, pero que también conduce - aunque a más largo plazo - a la pérdida del sentido de la sabiduría y de la inteligencia humanista. Se termina privilegiando las asignaturas con más demanda sobre las más formativas, subordinando los contenidos curriculares a las modas del momento y prefiriendo los profesores "populares" sobre los sabios y profundos. En definitiva, nada que ver con el auténtico sentido universitario.

Ahora bien, y en tercer lugar, tampoco es posible proponer un retomo incondicionado a las antiguas estructuras, modalidades educativas y disciplina de los saberes que caracterizaron a las universidades en sus orígenes medievales. Las instituciones humanas interactúan con el contexto social, cultural, político, religioso, etc. y no pueden permanecer iguales a sí mismas a través de los cambios y mutaciones de esos contextos. Por otra parte, tal como lo sostiene Alasdair MacIntyre, toda tradición viva supone un debate con las concepciones alternativas, la incorporación de las nuevas verdades descubiertas por el progreso de las ciencias y la búsqueda de soluciones para los nuevos problemas de la sociedad y de la cultura. Por lo tanto, si la tradición universitaria debe

permanecer viva y operante, necesita también debate, adaptación y compromiso con las realidades y los problemas de cada tiempo.

Y en este sentido, las nuevas realidades con las que la universidad debe enfrentarse y comprometerse, son, al menos, tres principales: en primer lugar, debe asumir que ella se ha transformado inexorablemente en una institución masiva. Ha escrito en este punto Paul Ricoeur: "Atengámonos al reto de la cantidad: la 'demanda de enseñanza' no es primordialmente de orden demográfico, sino una presión social espontánea que refleja al mismo tiempo una elevación del nivel cultural general, una necesidad de cuadros superiores y medios sin precedentes y la implantación de una nueva imagen social del éxito. Este fenómeno - concluye - pide que se lo oriente, no que se lo impugne" (Ricoeur, P., "La universidad por hacer", en *Ética y cultura*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, p. 173). En este punto, el desafío es entonces cómo mantener la calidad de la enseñanza y la investigación, y la consiguiente selección de los más aptos, en medio de un mar de estudiantes que desbordan cada vez más las instalaciones de las universidades.

El segundo de los nuevos fenómenos que no puede ser negado ni pretendido, es el de la ya inevitable profesionalización de las casas de estudios superiores. El ideal de la universidad - vigente hasta el siglo diecinueve - orientada a la formación de líderes, administradores y dirigentes de la Iglesia Católica, del Imperio Británico o del Imperio Francés, ha sido sustituida sin recambio posible por una institución en la que estudian kinesiólogos, profesores de educación física, peritos partidores, ortodoncistas, paisajistas, actores de cine y toda una cantidad de técnicos y artistas que hasta hace pocos años nunca su hubiera pensado que debían pisar una universidad. El desafío que se plantea ahora en este ámbito es el de armonizar una formación técnico-profesional altamente especializada, con la educación humana y personal en las virtudes éticas e intelectuales. Dicho en otras palabras, lograr que personas técnicamente idóneas para las actividades de la sociedad informatizada y tecnificada, tengan el horizonte de comprensión lo suficientemente amplio como para ubicar los sucesos en el tiempo histórico, conocer las personalidades modélicas de la ciencia, la política, el arte y la sabiduría y captar el sentido de las instituciones, las leyes, la ética pública y la convivencia ciudadana.

Finalmente, la tercera de las nuevas realidades que debe asumir la universidad es la referida al alargamiento de los estudios, según una lógica perversa que va encomendando las tareas educativas de cada nivel al ciclo inmediato superior, y a la que hizo referencia Guillermo Jaim Etcheverry en una conferencia dictada

hace pocos días en esta misma sala. Esta lógica - que en realidad no tiene nada de lógica - supone que la universidad, en sus estudios de grado, debe cumplir al menos algunas de las funciones que la escuela secundaria dejó de cumplir y, consiguientemente, en los estudios de postgrado se habrán de realizar las tareas propias de los estudios universitarios que el grado no pudo llevar a cabo, empeñado en lograr que los estudiantes alcanzaran a comprender los textos más simples. Esto significa que el ciclo universitario habrá de terminar alrededor de los treinta años, contra los menos de veinte en que finalizaban en el siglo 16, con lo que se introducen en las universidades toda una serie de problemáticas que le eran desconocidas hace sólo cuarenta o cincuenta años. Y significa también, que como los niveles precedentes no han cumplido por definición con su cometido, la universidad tendrá que lidiar con una muchedumbre de jóvenes que no usan más de 3 00 palabras, que no saben - en el sentido auténtico de "saber" - leer ni escribir, que ignoran todo lo que los ha precedido, que son incapaces de realizar las operaciones matemáticas más elementales, que creen que Aquiles es un futbolista y Wellington un tenista inglés, que no entienden las metáforas, las metonimias ni las comparaciones y tienen a Maradona como un ícono de la cultura.

Frente a estos fenómenos inéditos, la cuestión central de la realidad universitaria resulta ser, por lo tanto, cómo lograr la defensa, la promoción y el desarrollo del auténtico espíritu universitario: humanista, riguroso y sapiencial, en el contexto de estas nuevas realidades que condicionan fuertemente las actividades y modalidades de la actividad educativa superior. Y formulándolo de otro modo, esta vez como pregunta: ¿es posible que la universidad conserve y desarrolle su espíritu propio y primordial en un contexto de masividad, complejidad creciente y barbarie cultural?

Me parece que la respuesta debe iniciarse con el reconocimiento de que una institución que ha sobrevivido ocho siglos operante y actuante, ejerciendo siempre una influencia importante en la cultura y en la sociedad, sólo puede haberlo hecho adaptándose a las circunstancias novedosas y a los diferentes contextos, tal como lo han hecho la familia, el estado, el sistema jurídico o el ejército. Además, la universidad surgió como respuesta a una necesidad connatural al hombre, como es la de un conocimiento superior, por lo cual, si desapareciera, sería necesario inventar una cosa parecida que cumpliera sus mismas funciones. Pero resulta evidente que es más sensato y prudente adaptar una institución que ha venido cumpliendo con una función necesaria para el

hombre por ocho siglos, que inventar un sustituto que muy probablemente cumpla esa función - si la cumple - de un modo defectivo o deficitario.

Esta adaptación, por lo tanto, debe tener en cuenta, por una parte, las nuevas realidades - las que hemos puntualizado y otras que no hemos tenido el tiempo necesario para analizar - y por la otra que, para que la universidad siga siendo tal deberá ser una institución dedicada a la búsqueda, transmisión y difusión del saber superior que reúna tres caracteres principales: que sea una institución independiente o autónoma, que sea una corporación radicalmente desinteresada y que trabaje con el máximo rigor y objetividad. Que debe ser independiente de poder político y de los poderes económicos y sociales, ya quedó dicho al citar la frase de T.S. Eliot, y debe ser ratificado y reiterado con el mayor énfasis, ya que una institución que esté al servicio de cualquier otra cosa que no sea el saber superior, es decir, que resulte mediatizada por el estado, el partido gobernante, las corporaciones económicas o los sindicatos, no constituirá propiamente una universidad.

Pero además, debe tratarse de un organismo radicalmente *desinteresado*, en sentido de que el conocimiento que busca tiene un valor por sí mismo, y no puede ser meramente instrumentalizado al servicio de causas que le son ajenas. Dicho en otras palabras, la universidad debe buscar el saber por el saber mismo, por su valor intrínseco, y no como un mero medio al servicio del poder político, de una facción o de un grupo económico. Esto es especialmente difícil de lograr, pero es un requisito indispensable de la identidad universitaria.

Y finalmente, el replanteo y actualización de la actividad de las universidades debe ordenarse a la obtención de auténtico conocimiento superior, es decir, el más riguroso y profundo que puede obtenerse en este mundo. Sin esta exigencia de precisión, fuerza argumentativa y objetividad, en el sentido de búsqueda de la verdad en las cosas mismas, no será posible construir una universidad a la vez renovada y fiel a su índole propia.

Se trata, por lo tanto, de una renovación y adaptación en el marco de una tradición de investigación y pensamiento que no deber ser abandonada ni tergiversada. Pero para ello es preciso resguardar el espíritu constitutivo de la institución universitaria en las grandes decisiones, en las líneas centrales, en los valores directivos. Todo lo demás: instituciones de acreditación y evaluación, cursos obsesivamente reiterados de metodología, rankings de universidades en base a criterios más que cuestionables, modificaciones permanentes de los planes de estudio, no son sino paliativos a una situación crítica que no se ataca en sus raíces y en sus puntos centrales.

Sabemos entonces cuál es la solución, al menos en sus principios más universales y fundantes; no se trata sino de ponerla en práctica, con esfuerzo, claridad de miras y entrega desinteresada. Todo esto, por más que vaya contra tiranía ominosa de lo "políticamente correcto" y de las actuales modas intelectuales, ya se trate del constructivismo, el nihilismo o las filosofías de la "liberación". Y también, aunque no parezca demasiado factible su concreción y pueda pensarse que se trata de pretensión ideal y casi imposible. Después de todo, como hacía decir Borges a uno de sus personajes, "las únicas causas que pueden tener algún interés son las causas perdidas". Muchas gracias.